

Gal B

Defender lo nuestro

Sentado en el rinconcito de la barra al que el camarero le ha relegado, John sonríe bobamente a su pinta. Acaricia su vaso, lo levanta con ternura y le da un largo trago. El calor del fermento de cebada le recorre el cuerpo. Se siente bien, protegido. El Lavery's y la cerveza se han convertido en el único lugar donde está cómodo. Ya no es bien recibido en la parroquia, y hace ya mucho tiempo que Richard y Guillian dejaron de cuidarle como a un hijo. Da otro trago a su pinta. Se equivocó. ¿Y qué remedio tiene eso ahora? Golpea la barra al posar su vaso. Por mucho que se esforzase en enmendar aquello, su padre no lo perdonaría.

El camarero sacude las manos en vez de secarlas con un paño y unas gotas salpican en la cara de John que regresa al presente. No se queja, simplemente vacía lo que le queda de su pinta y, empujándola con dos dedos hacia el melenudo, le pide con voz balbuceante que se la rellene. El chico asiente decepcionado. Esperaba que el borracho se indignase con su provocación y entretenerse un rato discutiendo con él.

Cuando la cerveza llena tres cuartos del recipiente, el chico de la melena cierra el grifo y posa el vaso bajo él. Hace ya un rato que la música no suena en el pub, así que, el camarero se acerca a la cabina del pinchadiscos para hacerla sonar de nuevo. John lo observa mordiéndose el labio inferior con sus paletas. En el hilo musical Mick Jagger reclama "*One More Shot*". El camarero se mueve rápido para suministrárselo a John. Abre el grifo y rellena la pinta inclinada hasta el colmo. Al ponerla recta la espuma sobresale manchándole los dedos. Esta vez sí, el camarero se los limpia con el trapo que lleva prendido en su cintura.

John observa ese gesto y lo identifica con aquel que tantas veces vio hacer a Guillian en su cocina aceite caliente, cebolla dorándose, carne cocinándose a la plancha. No recuerda que la cocina en casa de su padre oliese así nunca.

Recuerda perfectamente que la primera vez que entró en la casa del este de Belfast donde vivían Richard y Guillian, fue días después de los atentados del agua y el gas. El servicio había sido re-

establecido casi a la normalidad pero en las mentes de todos se había instalado el miedo a perder los suministros básicos.

El brazo de John también estaba recuperado, así que, sus horas de apoyo en la cafetería habían terminado.

Durante esas semanas no se organizaron jornadas religiosas de estudio de la Biblia en la Iglesia y la actividad de la Asociación en Defensa de la Constitución del Ulster también se había reducido. Era la típica calma que antecede a las tormentas. John se aburría y esperaba con ansia que llegara el fin de semana. No tendría que trabajar y podría pasar la tarde en el servicio vespertino.

-En la Casa Parroquial no supe lo que se estaba cocinando sino al salir. -de pie, con las manos en los bolsillos, el camarero lo mira con indiferencia – Guillian me invitó a cenar a su casa.

Emocionado con la propuesta, John llamó desde una cabina a su padre diciéndole que no iría a cenar pero no le informó dónde lo haría.

-Seguramente, mi padre pensó que tenía una cita – le da un trago largo a su pinta y se auto-justifica – En realidad la tenía, pero no del tipo que a él le hubiera gustado.

En mil novecientos sesenta y nueve John rondaba los dieciocho años y percibía en su padre la preocupación de verlo sin la compañía de novia o amigo alguno.

Aparta el vaso semi-vacío de su pinta empujándolo con los dedos índice y medio. Cierra los muslos, estira la espalda y coloca las manos sobre su regazo. Su mente se ha transportado completamente a la casa de Guillian y Richard en el primer día que le invitaron a cenar.

Durante toda la cena ella acaparó la conversación. Había comprado por la mañana en el mercado St. Georges y después de tomar un té con su amiga Lisa en el magnífico hotel Merchant, había ido de compras por el centro. “Es una pena que esos malditos católicos quieran acabar con todo lo bueno de esta tierra que los británicos levantamos. Es lo que Lisa dice, ¿Cómo es posible que el gobierno

no les pare los pies? ¡Terminarán por echarnos de nuestras casas para expulsarnos de la isla!” John giró la cabeza sorprendido. El pastor le había explicado que los católicos querían acabar con el protestantismo, sabía desde siempre que en Irlanda del Norte los unionistas estaban mejor preparados que los republicanos para el trabajo pero nunca había pensado que perdería su techo. “¿De verdad quieren expulsarnos de la isla? - se atrevió a preguntar directamente a Richard. “¿Qué crees que pasará si el gobierno de Dublín toma el control de toda la Isla? Seremos minoría en una nación católica, nos marginarán hasta expulsarnos” “¿Y qué pasará con los astilleros?”, preguntó incrédulo, “Ese es el objetivo principal de los irlandeses... la riqueza de esta región” -dijo sin levantar la vista del plato.- “Pero ellos no son capaces de gestionarla. Ten seguro que los hundirán” “¡Dios no lo permita!”, rogó Guillian mirando al techo, después dirigió la atención hacia John, “¿Qué tal está tu padre, John?”, “Bien, trabaja mucho.” Sintió la necesidad de justificar, “Aun teniendo tan poco tiempo reza mucho...” “Sí, ya sé”, asintió ella mirándolo con un gesto reprobatorio que le avergonzó. John creyó notar que Richard también dudaba de su afirmación. Ella suavizó el tono de su voz y le acarició la mano izquierda que él posaba sobre la mesa, antes de preguntar: “¿Echas mucho de menos a tu mamá?” A John le sorprendió la suavidad de la caricia de Guillian, levantó la cabeza humildemente y se sinceró enternecido: “No mucho, no me acuerdo de ella, ¿es eso malo?” La duda brilló en sus pupilas. Guillian sonrió y le acarició la mandíbula: “Todo el mundo necesita una madre”. Acto seguido recogió los tres platos de la mesa y se alejó a la cocina dejándole solo ante la barba rubia de Richard.

Erguido en la banqueta, John repasa los padrastrós de sus dedos. Es lo mismo que hizo aquel domingo de mil novecientos sesenta y nueve agobiado con el incómodo silencio que se produjo entre la comida y el postre, en aquel desconocido pero acogedor, salón. Tenía que agradar a Richard. Él pertenecía a los B-Special. Él sí que servía a Dios protegiendo a Su Pueblo Escogido.

Sentía la mirada del hombre clavándose en su frente. Estaba nervioso. Era su oportunidad de hablar con él. Tenía que lograr que le eligiese para formar parte de la Policía Especial pero ¿cómo? Al levantar la cabeza le recibió una amplia sonrisa dibujada entre los pelos rubios de la barba de su

anfitrión.

“Guilly te vuelve loco con sus preguntas, ¿verdad?”, John sonrió. “Un poco, pero no importa”, se encogió de hombros y el rubio añadió: “Sé paciente con ella, no tiene hijos y le gusta mimar a los de las demás. Las mujeres son así, ya sabes” Él afirmó con la cabeza pero ¿qué iba a saber él?

De la cocina llegaba el ruido de los platos y cubiertos entrechocando en la fregadera. Richard le clavó la mirada y la barba se le puso seria: “¿Hiciste lo que te pedí?”

-Sí -vuelve a responder hoy sentado en la barra del bar.

“¿Estás seguro de que nadie puede relacionarte con ello?” Insistió su anfitrión y todos sus complejos le apretaron en el estómago. ¿Por qué dudaba tanto de él? ¿Acaso se daba cuenta de que no era uno de los Escogidos? La boca se le secó y ya no pudo ni siquiera mentir para reafirmar su valía ante los ojos azules que lo escrutaban.

Bruscamente agarra la pinta semi-vacía y le da un largo trago. A su izquierda, el camarero baila dentro de su cabina de pinchadiscos, protegido de los reproches de la cocinera.

En la banqueta, John recuerda el dulce de merengue seco que adornaba las tartas de Guillian. Comienza a relamer la espuma de cerveza de su labio superior y deja de hacerlo de sopetón. Ella le dijo una vez que no es de buena educación relamerse en público. Con la torpeza de su borrachera busca al camarero para pedirle una servilleta, pero este sigue agazapado en la cabina y no puede verlo. No lo llama, prefiere esperar.

Aquella primera cena lo unió fuertemente a aquel matrimonio ejemplar. Recuerda los paseos que se daba con Richard por la bahía de Dundrum, cuya kilométrica playa estaba repleta de moluscos que jamás se le ocurriría comer. Recuerda también los consejos que Guillian le daba sobre qué ropa le haría parecer más elegante a los ojos de las chicas una vez que se quitara el uniforme de los astilleros al salir del trabajo. Ella se fijaba en él, sabía cuáles eran sus platos favoritos, y si algo le preocupaba, con solo un vistazo. Definitivamente entonces, aunque a veces tuviera que comer aquel

guiso de carne y patatas de caldo espeso cuyo olor no le gustaba, prefería compartir las cenas con el matrimonio mejor que con su padre.

Una mañana, de camino al trabajo, David le dio un pequeño golpe con el codo y le preguntó con sonrisa pícaro: “¿Qué tal anoche?”

-El pobre de papá no se enteraba de nada - se lamenta - Seguramente andaba esperando que una de esas noches, en vez de dejarlo solo, apareciera con una chica decente y rubia para alegrarle sus aburridas cenas frente al televisor. ¡Qué poco sabía de mí!

Descubre al camarero en la cabina tratando de elegir una nueva canción que bailar. Con los nudillos de su mano izquierda toca en la vitrina mientras que, con los dedos de la mano derecha, tintinea en el cristal de su pinta reclamando más bebida.

El chico se acerca a por el vaso y John le pregunta qué opina su padre de sus pelos largos.

-¿Mi viejo? -le contesta él- ¿Qué importa lo que mi viejo diga?

Ese joven es tan inconsciente como lo fue John en su juventud. “¿Cómo no va a importar?” Suspira entristecido y, de repente, le aprieta la urgencia por orinar.

Baja los dos pies a un tiempo y levanta el trasero torpemente. Tanteando la barra gana la estabilidad necesaria para no tambalearse sobre su cojera izquierda. Cuando comienza a renquear hacia el baño la banqueta todavía sigue balanceándose.

El abundante chorro derramándose entre la taza y el suelo del inodoro le recuerda a John el sonido tranquilo del río Lagan avanzando hacia su desembocadura. Su padre nunca le había mostrado aquellos paisajes de acebo, musgo y troncos de árboles con formas imposibles. Tan solo conocía el río, con sus aguas ya derrotadas por las del mar al desembocar en el lago de Belfast. Sin embargo, Richard le mostró un Lagan vivo y poderoso, le fascinaba ver a los patos sumergirse en el agua para aparecer muchos metros después con la satisfacción del buche lleno de pescado o la majestuosidad de aquel cisne solitario que nadaba en el meollo donde él y Richard solían parar un rato. “¿No sería

una pena dejarnos arrebatat estas maravillosas tierras?”, le preguntaba su amigo mientras él se esforzaba por afinar su puntería al lanzar piedras contra un árbol en la otra orilla, o contra un trozo de rama muerta que vagaba a la deriva en el río. Richard no parecía especialmente impresionado con sus habilidades.

¿La entrada al infierno será tan agradable como la compañía de aquel hombre?, reflexiona hoy mientras sacude las últimas gotas ¿Por qué se sentía tan bien con aquel matrimonio? ¿Qué punto débil cortejó el diablo con aquel reclamo goloso? Cierra la cremallera de su pantalón pillando los faldones de la camisa que lleva mal metida. Tan concentrado está en sus reflexiones que, quizás, si fuera sobrio tampoco se daría cuenta de que va mal vestido.

-No había cosa que deseara más que parecerme a él – razona hoy frente al espejo que le devuelve la imagen inocente de su rostro con diecisiete años.

Abre el grifo y deja correr el agua caliente. Se moja los dedos intermitentemente jugando con el líquido como si fuera un niño. De repente, abre los ojos de par en par y cierra el grifo bruscamente. “En esta vida nada es gratis” dice, aunque oficialmente en Belfast no se cobra por el agua corriente. Sale del baño cabeceando.

El salón del pub se ha llenado de comensales y el camarero se ha visto obligado a abandonar su trinchera en la cabina para servir hamburguesas y patatas fritas. En el hilo musical suenan *Beastie Boys*. John se para delante de la puerta del baño, busca con la mirada su banqueta en la esquina de la cabina del pinchadiscos. Por fortuna sigue vacía, esperándole. Con la rectitud imposible de su borrachera observa a los comensales. Controlar a la gente es una costumbre que todavía conserva de su época de militar. Ninguno de ellos le resulta sospechoso de nada. Cándidamente se siente seguro. Cojeando, cruza el salón y alcanza la banqueta. Su rostro colorado busca al camarero que toma nota a un grupo de cincuentones, de más o menos su edad, que ocupan uno de los cubículos de sillones acolchados situados al fondo del bar, junto a la puerta de la encharcada terraza.

En la barra, el vaso de John ha desaparecido entre los utensilios sucios que se apilan en el fregadero.

Le impacienta el tiempo que los hombres tardan en hacer el pedido. “Probablemente, estarán preguntando estupideces sobre las salsas”, masculla y golpea arrítmicamente, con los dedos y los pies, la madera de su asiento.

La risa de tres jovencitas resuena en el pub por encima del ruido de su banqueta y la música del grupo americano. John observa sus rostros pálidos excesivamente maquillados. Le recuerdan a los de aquellas otras chicas a las que, hace casi treinta años, observó junto a Richard sentado en el mismo rincón del pub. También tenían los brazos delgados y el pecho pequeño, aunque aquellas se esforzaban más por insinuar que por mostrar cómo hacen estas. “Las chicas de ahora se preocupan poco por cuidar la decencia que exige el Señor”, piensa. Una de ellas guiña un ojo al camarero que, por fin, pasa la nota a la cocina.

John, levanta la mano para llamar al camarero que lo ignora dando prioridad a otros clientes. Se remueve inquieto en la banqueta, se muere por tener su pinta cerca.

Las chicas se sitúan en el lado opuesto de la U que forma la barra. La del pelo negro lo mira descaradamente, sus ojos azules remarcados con demasiado *khol* repasan desde la barriga cervecera de John hasta las arrugas de su frente. Él se pone nervioso, nunca ha soportado bien la mirada de una mujer. Vuelve a aquella vez que, sentado en el mismo rincón del Lavery's con Richard, se sintió observado por una de ellas.

Era sábado y después del servicio vespertino Richard le propuso acercarse al pub a tomar algo. Recuerda que antes de aceptar miró de reojo al pastor solicitando su aprobación, pero este estaba ocupado con un corrillo de feligresas y no prestó atención a su mirada. Tomó la decisión él solo. Aceptó la propuesta. Siempre que acudía a la Iglesia, vestía con traje de chaqueta, pero esta vez, aconsejado por Guillian, la corbata era de colores llamativos, más moderna y delgada. Más juvenil, había dicho ella. Y una chica con el pelo negro y las puntas hacia fuera no paraba de mirarla. John bajó los ojos y sintió cómo le ardían las orejas, comenzó a dar pataditas a un pequeño papel que vio en el suelo, haciendo que rebotara intermitentemente contra el rodapié de la barra y la zona del

pinchadiscos. Antes de que se atreviera a mirar de nuevo hacia la chica, Richard le preguntó qué cerveza quería. “La que tú quieras estará bien”, contestó y con el rabillo del ojo controló si la chica seguía mirándolo. Ya no.

Su rubio acompañante descubrió el destino de su mirada y le preguntó: “¿te gusta la chica, eh?” John sonrió asintiendo. El camarero posó dos pintas en la barra y Richard levantó una de ellas diciendo: “¡Por las mujeres!”. Le imitó y chocaron sus vasos. El sabor amargo de la cerveza le regó el esófago por segunda vez en su vida. Richard paseó la mirada por el bar e inspiró satisfecho, moviendo su cabeza hacia atrás. “Mira la gente en el pub”, dijo. John observó a algunos grupillos charlando en los cubículos, a un par de parejas comiéndose a besos cerca de la puerta del baño y a la morena bailando con sus amigas danzas que le parecían imposibles sobre esos zapatos con plataforma. “La gente es feliz porque no les falta de nada”, continuó, “El grifo de la cerveza no se agota, la electricidad alimenta la música y el gas calienta las piernas que se muestran bajo las faldas.” Levantó la pinta para brindar otra vez. “Por las faldas”, dijo. Con este segundo trago John comenzó a embravecerse. “Y los escotes” añadió y Richard se carcajeó haciendo que él se sintiera bien.

Durante unos minutos permanecieron en silencio, observando a las chicas que bailaban en la pista hasta que Richard masculló entre dientes:

“Bajo la protección de su Majestad, la reina, nada puede faltarnos. Bajo un gobierno católico, tan solo nos espera la marginación. Con ellos...”

Ansioso por mostrar que entendía perfectamente lo que Richard decía John añadió: “Ya hemos visto que los católicos son capaces hasta de bombardear los depósitos del agua de los que ellos mismos beben con tal de vernos sedientos”. Richard sonrió complacido con la respuesta: “Eso es”, le dio un largo sorbo a su bebida, “exactamente eso”.

Por el estómago le corrían mil hormigas. Esta era su oportunidad de presentarse voluntario para defender los derechos de los suyos. Con las manos temblorosas tomó un trago de cerveza que le

proporcionó el valor que necesitaba. “Yo quiero ayudaros Richard, también yo quiero mantener a la perfidia católica a raya.”

El cartero bebió de su pinta mirándolo por encima del vaso. Los ojos pequeños y azules, le estudiaban y a él le sudaban las manos. Muy despacio posó su vaso en la barra. “Eres demasiado joven como para que te dejen formar parte de los B-Specials.” La decepción le abofeteó dolorosamente. “Pero me he estado fijando en ti. Eres habilidoso lanzando piedras, quizás puedas enrolarte como voluntario en otra organización para-militar que estamos montado...” Al escuchar esa frase agarró el vaso con firmeza, bebió el resto del contenido de su pinta de un solo trago y la posó en la barra enérgicamente dando un sonoro golpe. Con una imborrable sonrisa miró hacia la pista de baile. Tan seguro de sí mismo se sentía que hasta se atrevió a mirar a la morena de las puntas hacia fuera que, frunciendo levemente los labios, le demostró que aquella noche bailaba para él.

Hoy, el día de Viernes Santo de mil novecientos noventa y ocho, es el camarero de la melena el que, tras la barra, baila para una chica. Con su brazo izquierdo levantado y los dedos estirados, salta y mueve la cabeza mientras de los altavoces los *Beastie Boys* ordenan: “*You have to fight for your rights!*”. Del hueco de la cocina aparecen a un tiempo un plato repleto de patatas con ajo-mayonesa y la cabeza de la cocinera reclamándole al camarero que deje de hacer el tonto y sirva las mesas.

Al lado de John, un hombre dobla cuidadosamente su chaqueta de traje gris marengo, por lo que deduce que, muy probablemente, el nuevo llega al pub directamente desde el trabajo. John observa el modo delicado con el que su nuevo vecino de banqueta deposita las cosas en la barra antes de coger la carta de comidas para elegir. Por la vestimenta parece un empleado de oficina: administrativo, comercial o informático.

-¿Qué más da?, todos oficios aburridos - dice en voz alta. El hombre se gira al escuchar su voz pero enseguida deja de prestarle atención al verlo tan ebrio y llama al camarero que acude rápido tras servir las patatas. John aprovecha la cercanía del joven para indicarle que

le rellene el vaso otra vez. Se pone de buen humor. Mira a su vecino de banqueta y lo ve con otros ojos. Quizás, al igual que Richard o él hace casi treinta años, tenga una segunda vida tras su trabajo oficial. Observa cómo el hombre se remanga la camisa, coloca la carta a un lado y limpia, con un pañuelo que se ha sacado del bolsillo, el borde del vaso de sidra que le han servido. “Un hombre tan cuidadoso no puede ser un simple empleado común”, piensa, “la meticulosidad sólo se aprende cuando se manejan explosivos” Ese pensamiento lo devuelve a la temporada en la que pasaba su tiempo libre con Richard.

Cuando paseaba a orillas del Lagan ya no descubría tan solo la naturaleza de su región sino los detalles para fabricar un cóctel molotov o tácticas de ataque y defensa.

En el astillero ensayaba la delicadeza con la que se rellenan las botellas de cristal de los cócteles molotov cuando martilleaba los clavos en las cuadernas de los futuros barcos. El metal de los tornillos le fascinaba casi tanto como le fastidiaba recibir órdenes del encargado católico. Ya no sólo le molestaba la familiaridad y el respeto con el que su padre trataba a Kieran, sino el hecho de que, ante la escasez de trabajo que suponía el declive de los astilleros, aquel católico estuviera usurpando el puesto de trabajo que legítimamente pertenecía a un protestante. Es más, Richard estaba de acuerdo con él, cualquier miembro de su comunidad lo haría mejor que aquel ignorante irlandés.

Los enfrentamientos entre encargado y trabajador se sucedían en la sección maderera, pero alcanzaron su punto álgido durante la semana de los desfiles del doce de julio. La tarde del once, cuando sobre las casas de dos plantas de Belfast se veían asomar pilas de madera coronadas por la bandera de la República Irlandesa, Kieran y John se enfrentaron de nuevo. El encargado católico comprobaba el progreso del trabajo de los empleados antes de las vacaciones del doce de julio. “¿Cuánta madera queda por quemar?”, le preguntó, “¿Has limpiado ya toda la nave?”, le preguntó. John continuó a lo suyo, como si oyera llover. “¡Contesta!”, se exasperó Kieran. Entonces sí, entonces John se giró lentamente y posó la pala en el suelo antes de afirmar: “No es aquí dónde debe quemarse esa madera, y no son sólo virutas lo que debería arder en las hogueras estos días.” El

color de las llamas reflejándose en la pulcritud de las mejillas de John le añadió fiereza a la frase.

En ese momento David se acercó a ellos. La tensión entre él y Kieran podía cortarse a través del calor de la caldera. “¿Qué pasa aquí?”, preguntó su padre. “John no ha hecho su tarea”, contestó Kieran y David miró a su hijo con gesto reprobatorio, después se apartó a un lado para hablar a su subalterno. Pese a que bajaran la voz John pudo escucharles: “Mira, es evidente que al chico no le gusta trabajar en esta sección, estoy pensando en recolocarlo en otro sitio a ver si se le puede sacar más provecho. ¿Tú qué crees, Kieran? ¿Hay algo en lo que creas que el chico es bueno? No me apetece que haya tensiones en las naves. El chico está en una edad difícil y bueno,... ¡ya sabes!” El encargado asintió solidarizándose con su amigo. “Es una edad difícil, sí, por eso debes llevar cuidado y fijarte con quién anda tu hijo, últimamente me tiene preocupado”. David levantó los hombros a la defensiva: “Más vale que barras tu casa antes de fijarte en las de los demás, tu Lily sí que debería preocuparte a ti.” Bruscamente el jefe se giró y levantó la voz para dirigirse a John. “Después de las fiestas trabajarás en la sección del metal. Ve a tu taquilla y traslada tus cosas, ya hablaremos en casa sobre tu actitud en el trabajo...”

John se dirigió a los vestuarios de la nave apretando los puños con rabia. El tono amenazante de su padre le fastidiaba y la inminente reprimenda le hacía sentir débil. Él, que últimamente se sentía tan fuerte. Encima el encargado le había recomendado a su padre que lo vigilara, ¿quién se creería ese maldito católico que era? Algún día le daría una lección... Al llegar a los vestuarios se paró frente a la taquilla de Kieran, escupió al suelo, la golpeó con el puño derecho cerrado descargando su ira y, ya sí, vació la suya para trasladarse a la nueva sección.

El oficinista moja trocitos de pollo asado en el cuenco de salsa de su plato. John observa una gota marrón y viscosa sobre la barra. Acerca los dedos para tocarla pero los retira súbitamente antes de rozarla siquiera.

-Muy probablemente será *gravy* –razona para sí mismo – pero nunca se sabe. Los líquidos inflamables pueden estar en cualquier sitio – Recoge sus manos enlazándolas sobre su regazo y pierde la vista en algún punto indeterminado frente a él.

-El tacto de la gasolina al mezclarla con aceite de motor es viscoso – murmulla gesticulando con la mano. A su derecha el hombre lo ignora mientras da cuenta de su pollo.- A mí me gustaba más preparar los cócteles con ese líquido que con serrín. Demasiado harto estaba ya de tocar virutas de madera en el astillero.

Los jóvenes reclutados para el grupo paramilitar eran cinco chicos de más o menos su edad. John observaba los músculos de sus brazos tensándose en conversaciones similares previas al entrenamiento. A todos se les llenaba la boca de orgullo al hablar de la grandeza del Ulster frente al resto de la isla de Irlanda. Reafirmaban entre ellos la necesidad de mantener sus privilegios, sus casas, el orden, lógico y necesario, en Irlanda del Norte bajo el manto protector del Reino Unido.

Se reunían por las tardes, aprovechando las horas de sol extra que el verano añade a los días en Belfast. La primera media hora del entrenamiento la pasaban corriendo para coger forma. Después llegaban las lecciones, unas veces estudiaban cómo protegerse en una revuelta en las calles, otras planeaban aprender a manejar un arma.

Desde el día en el que ingresó en el grupo paramilitar, John se había encargado de aprovisionar a su unidad con el serrín que barría en el astillero. Pero una vez que empezó a trabajar en la nave del metal, le fue mucho más fácil hacerse con aceite que con madera. El mantenimiento de las maquinarias requería que, con cierta frecuencia, el aceite que engrasaba los engranajes se cambiara. Siempre se presentaba voluntario para cargar las latas de aceite usado y deshacerse de él en el puerto, por eso el encargado de la sección del metal estaba encantado con él (y a través de sus

elogios también su padre). Lo que no sabía el encargado era que el lugar dónde depositaba el líquido no era el mar sino el maletero del coche de Richard.

Esa habilidad para conseguir materias primas y la minuciosidad con la que preparaba los cócteles molotov hicieron que sobresaliera sobre el resto de jóvenes del grupo paramilitar. Los días en los que traían provisiones de los astilleros, mientras descargaban, escuchaba hablar a los adultos. Una tarde a principios de agosto de mil novecientos sesenta y nueve le parecieron más preocupados que de costumbre. “Al gobierno los católicos se les están yendo de las manos, la policía ya no se atreve a entrar en sus barrios”, dijo el más viejo, “Los católicos proclaman que no reconocen el gobierno de Stormont y que se regirán por sus propias normas”, dijo Richard riéndose sarcásticamente pero, en seguida el acerado azul de sus pupilas se oscureció para añadir, “Pues si no creen en nuestro estado lo mejor es que se vayan de él y nosotros estamos preparados para echarles. Si el gobierno no es capaz de poner orden tendremos que hacerlo nosotros.”

Un día, ya avanzado el mes de agosto, al llegar a la calle del edificio alto, se topó con que los vecinos estaban construyendo un muro. Asombrado miró a Richard para saber cuál debía ser su reacción. El rubio guardó silencio y entornó sus afilados ojos azules observando cómo una mujer morena y un chico de unos diez años, apilaban el tablero de una mesa sobre unos cuantos ladrillos y un sofá desvencijado.

“Mira qué bien”, dijo Richard entre dientes, “estos estúpidos nos están preparando la hoguera ellos mismos”. Justo en aquel instante unos hombres colocaron un cartel cuyo contenido, “NO-GO área”, les desafiaba directamente.

Al verlo Richard se giró marcialmente y sentenció: “Ya es hora de pararles los pies, el asalto será esta noche” John recuerda que el tembleque de sus piernas apenas le permitió seguir el ritmo de Richard al alejarse del edificio más alto de Belfast.

El empleado de oficina termina con las últimas patatas y se chupa los dedos. John lo censura con la mirada. Avergonzado, el oficinista trata de entablar conversación con él.

-Todo hombre se merece un buen trago tras la larga jornada laboral – comenta mientras el chico de la melena se acerca con la botella de Bushmill.

-¿Doble? – pregunta.

-Sí, y póngale otro aquí a mi compañero – el oficinista palmea la espalda de John. - Doble también, ¿no? – pregunta con sorna. Probablemente el oficinista no tiene dónde pasar la tarde y se conforma con la compañía de John.

-Nunca he pasado tanto calor como en la calle del edificio alto - divaga el ex-militar. Para John es imposible olvidarse de aquella noche de pesadilla. Aquél día se asomó a una realidad inesperada. Nunca hubiera imaginado que las mujeres tuvieran la suficiente fuerza para lanzarles muebles. La ansiedad que provoca no saber en donde caerá la siguiente piedra. La confusión al recibir los palos de los antidisturbios. Le disparaban pelotas de goma a él, que defendía al gobierno y la nación que les pagaba el sueldo.

-La policía – trata de justificar ante el oficinista- Tampoco yo pude distinguir unos de otros cuando el muro de muebles cayó.

Temblorosamente se acerca el vaso a los labios. A pesar humo sí que reconoció el rostro de la mujer de cuya ventana había arrancado la república irlandesa pero no habla de ella. El oficinista no tiene por qué saber que él no fue lo suficientemente valiente como para impedir que lanzara un cócktel molotov casero como los que él había aprendido a fabricar. Mezclar gasolina con serrín, clavos y fuego. ¿Cómo no había imaginado el efecto real que esa combinación podría tener al estallar sobre la cabeza de un hombre? Olor a pelo quemado, a cerdo, a carne desfigurada, cerdo sin rostro, sin bandera. Al igual que no impidió que se lanzara el cócktel tampoco acudió a socorrer a ese hombre.

En cambio, corrió hacia su casa. Huyó. Definitivamente, John no es un héroe.

Al día siguiente, durante el desayuno, su padre le comentó aliviado que se alegraba de que la noche anterior se hubiera recogido pronto. En la radio decían que en el oeste de Belfast se había desatado una batalla. Él pensó que hasta ese momento las batallas tan solo pertenecían a las palabras que se usaban para guerras, horrores que sucedían lejos de su hogar.

-Después de aquella noche, todo me recordaba a aquel horror.- se explica John con la mirada perdida en algún lugar más allá de las piernas de su interlocutor – Las planchas de acero con las que se construían los barcos, el aceite usado que, ahora sí, derramaba en el mar o los hirientes clavos que en los astilleros tan sólo servían como sujeción. Para colmo no tenía con quien desahogarme, Guillian me había pedido disimuladamente en la cafetería de la parroquia que no pasase más por su casa.

Como él sabía, la cosa se había puesto muy fea el sábado por la noche. Lo mejor sería que la policía no pudiera relacionarlos para que no descubrieran que habían formado un grupo paramilitar. El buen nombre de los B-Special estaba en juego. Es más, el gobierno de Londres había ordenado que el ejército se desplegara en Irlanda del Norte. A ella le parecía insultante, “¿para qué necesitaban que los soldados vigilaran el orden en las calles si ese era ya el cometido de la B-Special? ¿Creía que ellos no eran lo suficientemente capaces de manejar la situación con sus propios medios?”

John no opinó ni protestó. A partir de ese momento, al salir del trabajo, se iba directamente a casa. Tenía miedo.

Una noche en la que cenaban frente al televisor, al verlo tan taciturno y pálido, su padre le dijo. “A veces, las mujeres también duelen”. Él lo miró sin decir nada y se marchó a su habitación, prefería estar sólo aunque no durmiera. ¿Qué pensaría su padre si supiera que él había participado e incluso ayudado a organizar aquel enfrentamiento en la frontera entre los barrios protestante y católico?

Tan sólo una semana hizo falta para que se descubriera quién estaba detrás de aquel asalto. La muerte de un niño, que jugaba inocentemente en su habitación cuando una bala perdida de los

antidisturbios lo mató accidentalmente, copó todos los titulares durante unos días. Pero no sólo eso, también los testimonios de los damnificados cuyas casas o negocios habían arvido ese sábado por la noche. El tema generaba dinero y los periodistas no tardaron mucho en encontrar quién les contase que los B.Special habían ayudado a organizar el asalto. Por un puñado de libras más, el mismo soplón no tendría reparos en explicar quiénes estuvieron implicados.

Fue así como el viernes por la tarde, al entrar en el despacho de su padre para cobrar su sueldo semanal, en vez de dinero se encontró con el periódico sobre la mesa.

Temblorosamente, se lleva el vaso de nuevo a los labios deleitándose con el sabor del líquido.

Como si el hombre sentado a su lado pudiera seguir el hilo de sus pensamientos comenta:

-La noticia destacada del *Belfast Telegraph* aquel viernes mostraba la impresión que se llevó un militar británico al pisar por primera vez Irlanda del Norte: “Los incendios en las fábricas, casas y campos de lino me han recordado a los paisajes de la Segunda Guerra Mundial”

-¿Era la opinión de un compañero suyo? – pregunta el oficinista posando su vaso en la barra.

-No, yo no conocía al fulano aquel pero sí a los hombres que aparecían en la foto de portada frente al gran incendio. Junto a ellos aparecía yo con expresión fiera. La cara con la que trataba de disimular el miedo.

Su padre lo había reconocido y ahora lo miraba como si no creyese lo que veían sus ojos. “Me puedes explicar esto”, le preguntó indignado, “Yo, yo...”, balbuceó pero su padre le interrumpió secamente. “Kieran me ha advertido varias veces sobre tus compañías al salir del trabajo y yo no quise creerle...”. Otra vez ese estúpido encargado, pensó pero gritó, “Alguien tenía que hacer algo, padre, hay que ayudar a los nuestros y tú ni siquiera vas a la Iglesia...”, David le cortó en seco golpeando la mesa, “¿Y a ti que vas tanto por allí el pastor no te ha enseñado que la violencia solo llama a más violencia?” Recuerda cómo le sudaban las manos intentando excusarse, “Sólo queríamos dar una lección a los católicos, se estaban saliendo de madre, debemos proteger a nuestra

tierra...” Su padre le interrumpió de nuevo y bramó, “¡Ah! ¿Con que ahora te crees con autoridad para dar lecciones a los demás?”

Los ojos de David brillaban de indignación pero calmó el tono de la voz para ordenarle. “Si lo que quieres es defender a tu pueblo, lo que debes hacer es ingresar en el ejército y dejarte de jugar al matón con piedras.”

A continuación, exasperado, su padre desplomó los brazos sobre la mesa, humilló la mirada entristecido y le pidió que se fuera.

- Entonces usted ingresó en el ejército por orden de su padre? – le pregunta curioso el oficinista. John cabecea negando y continúa repasando aquella tarde de principios de septiembre de mil novecientos sesenta y nueve.

- Salí del trabajo tan impresionado por su censura que me dirigí directamente a casa de Guillian y Richard sin cambiarme de ropa ni nada. Necesitaba escuchar su opinión. Mi padre estaba equivocado, yo no era un matón como él decía sino un muchacho valiente que luchaba por los suyos.

Al llegar al jardín del matrimonio, Guilly le vio desde la cocina y sorprendida tiró el paño con el que acababa de secar un plato. Rápidamente acudió a abrirle, lo enganchó del brazo y con fuerza lo metió dentro. “¿No te dije que no vinieras por aquí?”, le dijo en el descansillo en vez de besarle en la frente como solía. “¿E...e... está Richard?”, balbuceó sorprendido por el agresivo recibimiento. “Sí, pero no puedes verle, ¿No sabes lo de la foto en el periódico?” “Sí Guilly y mi padre también. Me ha ordenado que me aliste en el ejército. Pero no quiero hacerlo, yo soy uno de los vuestros, nosotros estamos unidos por el mismo fin. He decidido marcharme de casa, ¿te importaría que me quedase aquí por unos días hasta que...?” Esta vez fue Guillian la que le cortó mientras hablaba. “Por supuesto que no puedes. No deben relacionarte con Richard, si lo involucran con el grupo paramilitar no se sabe qué puede pasarle. Puede incluso que pierda el puesto de cartero.” La voz de la cocinera era más fría que el aire que entró en el recibidor de la casa cuando volvió a abrir la

puerta. “Dejaremos pasar un tiempo hasta que las cosas se calmen”, dijo y le dio un empujoncito para que saliera fuera, “Las actividades del grupo paramilitar se han suspendido, de momento no sabemos siquiera qué pasará con la Policía Especial”. Y dicho esto cerró la puerta en las narices de John que no supo cómo reaccionar.

-Cada palo que aguante su vela, ¿verdad? – interrumpió el oficinista y John se giró para mirarlo desagradado por la sentencia.

-Será eso... – dijo sin atreverse a contrariar a quien le había invitado a whisky. Dio otro trago y se quedó callado hasta que el hombre le preguntó:

-¿Y qué hiciste entonces?

-Echar a andar – se encoge de hombros. Al percibir la curiosidad del otro se anima y continúa – Deambulé un poquillo y mis pasos me condujeron a la Iglesia. Pasé de largo por la cafetería, no quería encontrarme con los hombres del grupo paramilitar, y el pastor me recibió con una sonrisa.

“¿Qué te trae por aquí, hijo?”, le dijo el pastor sin que John advirtiera tono de reproche alguno. Llevaba todo el verano sin acudir a los servicios vespertinos, porque estaba ocupado entrenando para la organización de Richard. “Estoy confundido”, dijo y guardó silencio esperando a que el reverendo le preguntara. No lo hizo y él continuó hablando, “Creía que tenía claro lo que Dios esperaba de mí, pero desde hace unas horas dudo de haber hecho lo correcto...” “¿Por qué dudas, hijo?”, le preguntó el reverendo. John se quedó pensativo durante unos instantes, no sabía por donde empezar aquella suerte de confesión. “El sábado por la noche... durante este verano he estado entrenando, Richard dijo que...”. Al verlo tan confundido el pastor se sentó a su lado y posó levemente la mano izquierda sobre la rodilla de John para transmitirle confianza. “Participaste el sábado por la noche en la revuelta, ¿verdad John?” Asintió sin levantar la vista. “¿y por qué lo hiciste?” Se encogió de hombros y negó agachando más la cabeza. Eso era lo que él se preguntaba desde que vio estallar aquel cóctel molotov. Como él no hablaba el reverendo continuó, “El sábado

por la noche cientos de hombres y mujeres fueron heridas, calles enteras ardieron e incluso un inocente niño murió asesinado. ¿Es eso lo que tu buscabas cuando comenzaste a seguir a Richard, John?” Él levantó la cabeza encogiendo los hombros como queriendo dejar claro su inocencia. “¡No!”

-El reverendo lanzaba preguntas cortas que iban directas hacia el fondo de mi conciencia – se toca la frente – De verdad, que yo no pensaba que todo fuera a degenerar en aquel horror y en el que vino después - El oficinista lo mira perplejo y él se explica - Sí, ya sé que cuando uno fabrica cócteles molotov no lo persigue nada bueno, pero yo... - sus pupilas delatan el esfuerzo que hace por encontrar la excusa - yo creía que era solo para asustar, no me imaginaba que esas simples botellas pudieran desembocar en tal horror.

El hombre señala al camarero la botella de whisky para que le rellene el vaso de nuevo pero el chico de la melena no se da cuenta. Al otro lado de la barra tontea con la chica morena. Contrariado, el empleado de oficina arruga los labios y deja escapar las palabras entre ellos:

-A veces uno tiene que hacer cosas que no quiere para vengar a los suyos.

El vaso de John también está vacío y él lo mira desencantado. Con tono triste en la voz, perfectamente audible pues se ha acabado la canción, dice:

-¿Sabes lo que dice la Carta del apóstol San Pablo a los Romanos en el capítulo doce, versículo diecinueve? – el oficinista lo mira sorprendido por la exactitud del dato y niega con la cabeza curioso.

- “No os vengueis vosotros mismos, amados míos, dejad lugar a la ira de Dios, porque escrito está: Mía es la venganza, yo pagaré, dice el Señor.”

- ¿Y? – pregunta el hombre con un tono con el que a John le da la impresión de que el hombre desprecia la cita.

- Pues que el Señor dice que no debemos vengarnos por nosotros mismos – contesta irritado recordando las explicaciones del versículo que le dio el reverendo - Ya se encargará él de poner a

cada cual en su sitio en el Juicio Final.

Irritado, el hombre chasquea los dedos reclamando al camarero su vaso de whisky. Este se gira perezosamente, lo mira y voltea la cabeza para decir algo a la chica. Ella se ríe y, satisfecho, el chico se dirige hacia la botella de Bushmills.

- Bueno, pues si no vengarnos al menos defendernos, esa era vuestra obligación – le señala el tatuaje de la mano.

Ahí estaba la clave del enfado del reverendo con él aquella tarde. “Vosotros no habéis sido atacados en ningún momento”, le dijo con tono muy severo. Conforme pasaba aquella tarde John se encontraba más confundido, “Pero usted nos dijo que los protestantes del Ulster debían armarse y resistir hasta la muerte cualquier intento de acabar con Irlanda del Norte...” Mirándolo con condescendencia el pastor le explicó, “Pero no te confundas John, esto no quiere decir que los protestantes no estén preparados para defender sus casas y su familias de cualquier ataque. Defender las tuyas, no atacar las de otros. El castigo a los ofensores debe dejarse siempre en manos de aquellos que tengan autoridad oficial para juzgar y castigar.” Él agachó la cabeza avergonzado y el reverendo se la acarició como si fuera un niño a pesar de que rondaba los veinte años. Para conformarle añadió: “Hijo, a veces el Señor nos envía pruebas, aun sabiendo de antemano que vamos a equivocarnos.” Le agarró la barbilla y le levantó la cara. “Venga hijo, ve a casa de tu padre a descansar, mañana será otro día.”

El ruido del licor cayendo dentro del vaso despierta a John de sus recuerdos. Esta vez el oficinista no le invita, fastidiado le pide al chico que le sirva otra pinta pero este se dirige a la máquina de música en vez de hacerle caso.

-¡Eh! – le reclama levantando la mano, pero el chico metido en la cabina a su izquierda lo ignora deliberadamente. En el altavoz *Dee Dee Ramone* comienza a entonar “*Born to lose*”.

Quizás sea el vaso vacío o quizás el recuerdo de aquella tarde de verano de mil novecientos sesenta y nueve, el caso es que siente que el desasosiego le aprieta con mayor fuerza en el estómago. Recuerda el camino de vuelta a casa tras la conversación con el pastor. Se sentía desolado. A él le gustaba sentirse miembro de una familia feliz y en vez de eso había decepcionado al Padre. No sabía cómo arreglarlo. Deambuló por las calles un poco más para evitar enfrentarse a la opinión de David. Al llegar a casa encontró el periódico y la cena fría sobre la mesa, el pie de la foto en la que él aparecía explicaba: “El gobierno envía tropas a Irlanda del Norte para evitar los enfrentamientos entre sus habitantes.” La noticia decía que el objetivo era restaurar la Paz. Una idea le inundó de esperanza. Defensa y Paz. Sí eso era lo que tenía que hacer. Nada más amaneciera se alistaría en el ejército de Su Majestad, la Reina de Inglaterra.